

ideas

Edición a cargo de Pedro B. Rey

www.lanacion.com.ar/ideas

@IdeasLN | /LNIdeas

EL MUNDO

El modelo canadiense de la batalla cultural, un espejo para la Argentina

Un candidato a liderar el país recuerda a Milei, pero sin su violencia verbal

Por Gonzalo Garcés

Página 4

DEBATE

Democracia Pasado, presente y una amenaza latente

Reflexiones sobre los desafíos de la política de hoy y los consensos

Por Alejandro Katz y Hugo Vezzetti

Página 6



LITERATURA Y TECNOLOGÍA

La traducción humana, un oficio en riesgo de extinción

Un escritor analiza las encrucijadas que plantea la IA a una actividad histórica

Por Ariel Magnus

Página 9

LECTURAS

Las singulares memorias dublinesas de John Banville

El gran escritor irlandés recupera de manera personal su ciudad natal

Por Nicolás Maurakis

Página 10

LA PARTE Y EL TODO

La relación difícil de una pareja desaparecida

Idas y vueltas de un posible acuerdo entre Javier Milei y Mauricio Macri

Por Sergio Suppo

Página 12



ALEJANDRO MARTINEZ VELEZ / GETTY IMAGES

ENTREVISTA — POR Luisa Corradini

Antonio Scurati

«Mussolini es el primer arquetipo de todos los líderes populistas posteriores»

Para el escritor italiano, el populismo actual no se inspira en la violencia del fascismo histórico, pero sí en su política del miedo y sus manipulaciones

PARIS Nacido en 1969 en Nápoles, Scurati es profesor en la Universidad Libre de Lenguas y de Comunicación (IULM) de Milán. Cronista en el periódico *Corriere della Sera*, sus aceradas críticas políticas le valieron en abril ser censurado en la RAI por el gobierno de Giorgia Meloni. Sus obras, traducidas en numerosos idiomas, batieron récords de ventas. En 2019 ganó el célebre premio Strega por su historia novelada *M. Il figlio del secolo* (*M., el hijo del siglo*). Y en 2022, fue su libro *M. L'uomo della provvidenza* (*M. El hombre de la providencia*) que recibió el premio al libro europeo.

En 2023, Scurati publicó una pequeña obra, *Fascismo y populismo. Mussolini hoy*, donde analiza lo que podría llamarse "la génesis" del populismo actual inventado, tal vez sin proponérselo, por Benito Mussolini. Para el escritor italiano, Mussolini es el arquetipo de todos los líderes populistas que vinieron después. En la actualidad, lo que prima son los aspectos populistas de aquel liderazgo, ya sin la violencia física que —hace un siglo— era la esencia consustancial del fascismo original.

Continúa en la página 2

ENTREVISTA — POR *Luisa Corradini*

lanacion#cvam38616

¿Por qué lo entrevistamos?
Porque es un novelista que ha estudiado en profundidad los ecos del fascismo en la política actual

lanacion#

Antonio Scurati*

«Mussolini es el primer arquetipo de todos los líderes populistas posteriores»

El escritor italiano, autor de una exitosa serie de novelas sobre el Duce, sostiene que el populismo actual no se inspira en la violencia del fascismo histórico, pero sí en su política del miedo y sus manipulaciones

ALESSANDRO BREMEC / GETTY IMAGES



VIENE DE TAPA



ara Scurati, los nuevos populismos soberanistas basan su poder en una "política del miedo" —opuesta a una política de la esperanza—, y con ella buscan la identificación con su base electoral. También alimentan la idea de que la vida moderna no es tan compleja como suponen las élites políticas, burocráticas, científicas o literarias.

—En *Fascismo y populismo* escribe que los movimientos, los partidos y sobre todo los líderes políticos que hoy desafían la democracia no descienden del Mussolini fascista sino del Mussolini populista. ¿Cuáles son las diferencias entre aquellas dos caras?

—Mussolini no solo fue el fundador del fascismo, sino también el primer arquetipo de todos los líderes populistas posteriores. La diferencia entre los dos aspectos del mismo fenómeno radica principalmente en la violencia. El fascismo propiamente dicho no puede separarse de la violencia física. Tanto la violencia homicida como la violencia extrajudicial. La violencia física es, en cierta medida, la esencia misma del fascismo. El fascismo no es originalmente una doctrina política, no tiene articulación teórica; de hecho la desprecia, es una praxis. Antepone la acción a cualquier teoría, a cualquier reflexión, a cualquier programa político. La acción es violencia; la esencia del fascismo es el "escuadrismo" (NDA, designa las acciones violentas llevadas a cabo por grupos de fascistas armados). Es la identificación plena entre militante de partido y miembro de una milicia armada, paramilitar, que luego, desgraciadamente, hizo escuela en Europa y en todo el mundo. No encontramos esta característica del fascismo en los movimientos populistas soberanistas actuales.

—Usted desconfía de la palabra fascista para hablar de los populistas actuales...

—Pero no porque sea políticamente incorrecto, sino porque nos hace pensar en un retorno del fascismo en su forma histórica. Estamos mirando en la dirección equivocada. La democracia liberal ya está amenazada sin que haya un retorno de aquel fascismo. Esa es la diferencia. Pero hay al mismo tiempo similitudes. Hay una herencia de populismo mussoliniano en un populismo algo distinto.

—¿Cuáles son las características de esta segunda cara mussoliniana, que, según usted, podemos encontrar en todos los movimientos populistas actuales?

—Identifico cinco características principales que se encuentran en todos los populistas, incluso en figuras, en áreas y en movimientos que son históricamente alejados, extraños al fascismo. Pensemos en Trump. Este hombre desciende de una cultura política diferente... En realidad, no desciende de ninguna cultura política. Y sin embargo manifiesta en forma sorprendente y consciente una similitud con ciertos aspectos del mussolinismo. La primera característica de esas reglas reside en afirmar "yo soy el pueblo" y "el pueblo soy yo". Obviamente infundado, porque ningún líder puede tener el consentimiento de todo el pueblo. Pero esto es totalmente ignorado por la gente que sigue al líder. Esa presunta identificación del pueblo con el líder llega a una especie de encarnación de la voluntad del pueblo en la persona física, en el cuerpo del líder. Por eso el líder populista pone el cuerpo en el centro. Mussolini fue el primer líder que puso al cuerpo en el centro de la escena política, con sus gestos excesivos y su fisicidad en general. Esta suposición

de que el pueblo sería el líder tiene graves consecuencias para la democracia porque, en primer lugar, el que disiente, es decir, el portador de un saber o de una posición que no coincide con la del líder —por ejemplo, un saber científico, tecnológico, burocrático o literario— es calificado por el populismo como extraño al pueblo, como disidente, como perteneciente a "la casta". Es tratado siempre como el *outsider* del pueblo por lo tanto debe ser silenciado, acallado, eliminado físicamente en el caso del fascismo histórico, o despreciado, culpabilizado, censurado, sin que esto plantee ningún problema moral. La segunda característica es el ataque retórico a las instituciones y, en particular, al Parlamento, presentado como una institución vieja, inepta, corrupta y decrepita. ¿Por qué? Porque si el líder populista es el pueblo y el pueblo es él, el Parlamento, que es el equivalente institucional de la pluralidad de una sociedad, negada esa pluralidad, queda totalmente desacreditado. Esta es una constante en todos los movimientos populistas, de ayer y de hoy, de derecha o de izquierda.

—¿Y las otras características?

—Muy brevemente, las otras son que el líder populista opera una brutal simplificación de la vida moderna. Mussolini fue el primero que intuyó la enorme opresión que provoca en la gente común la inmensa complejidad de la vida moderna. Por eso, la propaganda populista insiste en que la realidad no es tan compleja como la presentan los viejos liberales que defienden la representación parlamentaria, o los socialistas con su doctrina marxista. No. Todo se reduce a un solo problema, un enemigo. No es un enemigo con el que se discute, se disiente o se debate. Es un enemigo que hay que abatir. En Europa son los inmigrantes, o los burocratas de Bruselas. En Estados Unidos, los latinoamericanos. Siempre hay un "extranjero".

—Usted también habla del reemplazo de una política de la esperanza por una del miedo...

—Exacto. Este movimiento trae consigo otro, que a una política de la esperanza, de la cual venía Mussolini en su pasado socialista, se la sustituye por una política del miedo. Mientras que los partidos progresistas fueron partidos que intentaban suscitar esperanza en sus electores —tarea mucho más difícil que despertar el miedo—, los partidos populistas y soberanistas trabajan sobre el miedo. Operan una estrategia del miedo, alimentan los que ya son inherentes a los electores actuales, especialmente en este momento en que no hay confianza en el futuro. Después, el siguiente movimiento es transformar el miedo en odio. El miedo es un sentimiento pasivo, introvertido, mientras que el odio es una pasión activa, extrovertida, euforizante, como el amor. Después de sembrar el miedo, el líder populista dice: "No te limites a tener miedo, odia". Ahí tus problemas se reducen a solo uno: un enemigo, un invasor. Digamos que estos son los riesgos fundamentales del populismo soberanista.

—Dice que sería un error tomar por ridículos los aspectos físicos que adoptan, por ejemplo, Vladimir Putin o incluso Javier Milei con su motosierra, porque son imprescindibles para que el populista establezca una relación de identificación con las masas. ¿Cree que Mussolini era consciente de esto?

—Mussolini no tenía la capacidad teórica para saberlo. Nunca dejó escritos sobre la cuestión. Pero, como decía de sí mismo, tenía una intuición política formidable. Incluso en el período de la decadencia, del derrumbe, del desastre, siempre se quejó de no haber confiado lo suficiente en sus propios instintos. Y, por otro lado, en los años del ascenso, de la conquista del poder, solía decir de sí mismo: "Soy como los animales, como las bestias, siento que se acerca la hora, la huelo". Tenía esa formidable intuición política que es una forma de inteligencia, a menudo cínica, que lo llevó a comprender antes que todos los demás en qué se convertía la política en la era de las masas, que estaba entonces en su comienzo y hoy está en su fase madura.

—¿Qué otra característica del populismo entendió intuitivamente?

—La otra característica del populismo que entendió fue que las masas en el futuro serían gobernadas por un líder capaz de dirigirlas, no precediéndolas sino siguiéndolas, quedándose un paso detrás de ellas. Es un liderazgo

Un novelista comprometido

■ Antonio Scurati nació en Nápoles, Italia, en 1969 y es profesor de literatura comparada y escritora creativa en la Universidad de Milán.

■ Escritor comprometido, es autor de una exitosa saga sobre Benito Mussolini que ya lleva cuatro entregas: *M. Il figlio del secolo* (2018), *M. L'uomo della provvidenza* (2020), *M. Gli ultimi giorni dell'Europa* (2022) y *M. L'ora del destino* (2024). El quinto y último tomo se publicará en mayo de este año.

■ Con la primera novela de la serie obtuvo el prestigioso Premio Strega. También se convirtió en producción televisiva. El conjunto de libros, un éxito de ventas, fue traducido a cuarenta idiomas.

■ Otras de sus novelas son *Il rumore sordo della battaglia* (2002), *Il bambino che sognava la fine del mondo* (2009) e *Il tempo migliore della nostra vita* (2015).

■ También ha dedicado ensayos a diversos temas literarios. En *Fascismo y populismo* (2023) exploró históricamente las raíces y los alcances de la figura de Mussolini.

■ Es un activo colaborador en medios gráficos y sus artículos aparecen con frecuencia en *Il Corriere della Sera*, *La Stampa* e *Internazionale*.



La democracia no es un don de la naturaleza. Es una conquista reciente, parcial. La democracia es siempre una lucha por la democracia"

paradójico, liderar siguiendo. Esto significa que el liderazgo populista no busca elevar al pueblo hacia metas, quizás ideales y lejanas, de orden estratégico y que escapan a la vista del pueblo, sino de acuerdo con los estados de ánimo de ese pueblo. Se queda un paso atrás para comprender sus estados de ánimo, sus humores, que son más bien malhumores, su descontento, su sentido de derrota, de traición, su resentimiento, su melancolía de la historia, sus miedos. Pero volviendo a la importancia del aspecto físico. Ridicularizar el aspecto a veces lamentable de esos líderes es un error. En Mussolini, también se vio un ideal de virilidad, con ese cuerpo vigoroso... Pero ese no es necesariamente el caso de otros líderes populistas. Yo no incluiría a Putin, por ejemplo, porque viene de una tradición política y cultural que nunca conoció la democracia. Pero tomemos un personaje como Javier Milei o Donald Trump, que son líderes democráticos. Los que creen en la democracia liberal cometen el error de subestimar a los Milei, con ese corte de pelo esperpéntico y su ridícula motosierra. O a Trump, con ese peinado absurdo, vulgar tanto en su forma de moverse como en sus ideas y en sus prácticas. Pensamos que son defectos, pero for-

man parte de una estrategia de fusión con su base electoral. Porque su misma tosqueidad, su vulgaridad, incluso su fealdad, potencia esa proximidad. No exigen a sus seguidores que mejoren, que aspiren a lo bueno, que se eleven. Solo hay una especie de indulgencia plenaria para cualquier defecto o vicio de su pueblo.

—¿Podría decirse que hoy hay un neofascismo diferente, un nuevo populismo "elitista" al estilo Berlusconi o Trump, el hombre de éxito, representante de la casta, e incluso uno "blando" como el de Meloni, o es lo mismo?

—Insisto en que no es útil utilizar la palabra fascismo porque no permite una comprensión del peligro que corre la democracia. Hay que entender que la democracia ya está en peligro. Georgia Meloni y su gente, así como Javier Milei o Donald Trump ya gobiernan Italia, Estados Unidos y la Argentina. Y gobiernan habiendo sido elegidos democráticamente. Pero esta vez en la forma actual de un populismo soberanista que no es la del fascismo histórico. Debemos dejar de esperar un futuro en el que volverá la dictadura, los militares, los asesinos políticos, los Estados que encarcelan miles de disidentes. Todo eso probablemente no volverá. Pero la democracia está en peligro y ese peligro lo representan los que han sido elegidos democráticamente.

—¿Cómo explicar, en todo caso, la fascinación que ejercen estos personajes sobre el mundo liberal? La semana pasada, *The Economist*, que lo entrevistó, afirma que el presidente argentino viene de un horizonte diferente al de Trump o del húngaro Viktor Orbán. ¿Cómo interpretar esa percepción?

—No conozco la entrevista, pero no me sorprende tanto porque es exactamente lo que sucedió hace cien años con el fascismo histórico. Esta es otra analogía entre nosotros y el fascismo histórico. La subestimación del peligro fascista de parte de las clases dirigentes liberales hacían años es uno de los aspectos más desconcertantes de aquella época. Esa subestimación es una constante histórica. Lo hemos visto de manera clamorosa en Italia después de la victoria de Georgia Meloni en las últimas elecciones. De inmediato se desencadenó un proceso de normalización por parte de los que deberían ser los representantes, los depositarios de los principios y tradiciones liberales, los moderados. También existe este poderoso rechazo, esa repulsión de la élite que es una de las características fundamentales del populismo de ayer, y que es un fenómeno de trascendencia histórica. Los populistas lo saben y lo usan. El líder fomenta ese proceso de rechazo de la élite, de la casta. Sabe que la gente se siente justamente traicionada. Debo decir que el caso de Milei, que no conozco tan íntimamente, es muy interesante. Porque para mí es un representante de una élite del conocimiento, un economista. Sin embargo, en la forma en que se comporta, en sus gestos, en su lenguaje, borra deliberadamente esa eventual connotación científica.

—Usted sostiene que la única solución para combatir este populismo es la defensa de la democracia. Pero ¿cómo desmontar esa retórica?

—Obviamente no tengo una receta. Mi trabajo como escritor es el de tratar de renovar la narrativa de la democracia y del antifascismo, sobre todo en lo que concierne a Europa. Debemos encontrar una renovación para defender el legado del antifascismo democrático. No podemos permanecer en posiciones conservadoras, en el plano de la narración. Creo que debemos hacer el enorme esfuerzo de redescubrir políticas de esperanza. Toda política progresista gira en torno al principio de la esperanza, debe lograr convencer a la gente de que la vida de sus hijos así puede ser mejor que la vida de sus padres. Ahora bien, ¿cómo hacerlo? No es fácil, es muy difícil.

—¿Es optimista o más bien pesimista?

—Como decía un gran intelectual antifascista italiano, "el pesimismo de la razón es el optimismo de la voluntad". Debemos comprender que la democracia no es un don de la naturaleza. Es una conquista histórica reciente, parcial, que pocos países han experimentado. Esto hay que entenderlo: la democracia es siempre una lucha por la democracia. ●

— MIRADAS —

Contra Amazon: dime lo que pregonas...

María José Rodríguez Murguiondo
LA NACION

La lógica, el sentido común, la coherencia por lo general indican que si uno está en contra de algo precisamente por esa razón se abstiene de incurrir en aquello con lo que está en desacuerdo. En el mundo de la literatura, como en todos los demás mundos, abundan las contradicciones, las inconsistencias y, también, la hipocresía. Y no hay plato más sabroso que descubrir a los grandes popes de las letras y la intelectualidad cayendo en el consabido "dime lo que pregonas y te diré de lo que careces".

En 2017, Jorge Carrión, escritor y crítico literario español, publicó en la revista *Jot Down* "Contra Amazon: siete razones/un manifiesto". En este artículo tajantemente expone las razones por las cuales está en contra de la tienda online de libros de Jeff Bezos, una especie de monstruo demoníaco creado no solo para destruir librerías, sino también para lavar los cerebros de los lectores, quienes a causa de los algoritmos pierden el criterio propio para seleccionar qué quieren leer. Afirma que la consecuencia de esto es que Amazon ha alterado y violentado la relación de los lectores con los libros. Tan enorme fue la repercusión de este artículo que en 2019 su autor decidió incluirlo en un libro de ensayos, entrevistas y recopilaciones de textos ya publicados. Y lo tituló *Contra Amazon*, sin duda un dardo venenoso certero si de vender se trata. Uno puede o no estar de acuerdo con el manifiesto de Carrión, pero, como toda opinión, es más que respetable. Hasta aquí, nada reprochable.

Sin embargo, las contradicciones antes mencionadas cobran dimensiones iguales o superiores a los males que supuestamente genera la vilipendiada librería online al descubrir que Carrión, como él mismo reconoce en su libro, no solo compra productos en Amazon, sino que también vende su libro para Kindle y en pasta blanda. Es decir que no solo ha traicionado sus principios al vender su obra contra Amazon precisamente en Amazon, sino que además ha echado por tierra su férreo adoctrinamiento en defensa de las librerías físicas que hace en su excelente libro titulado *Librerías* y en muchos otros textos de su autoría y en los imperdibles documentales sobre importantes librerías de grandes ciudades del mundo que se pueden ver en <https://caixaforumplus.org/c/booklovers>.

Días atrás, navegando por el mundo de los libros de Amazon, recordé esta contradicción en lo que proclama el manifiesto, que ya tiene unos cinco años, y decidí buscar si su autor seguía vendiendo su libro en la plataforma o si había desistido de monetizarlo en tal deshonroso mercado. Hete aquí que no solo descubrí que su obra sigue firme allí, sino que además, gracias probablemente al algoritmo, me apareció alguien que había recogido el guante ante tan tentadora inconsistencia servida en bandeja. Antonio Robinhood, en diciembre de 2020, le ha respondido en su libro *Defensa de Amazon (empresa de Jeff Bezos): respuesta al manifiesto contra Amazon de Jorge Carrión*, que se ofrece en Amazon tanto en versión digital como impresa. Este Robinhood de las víctimas de los deslices de la intelectualidad literaria confronta, critica y cuestiona con envidia y respeto una por una las siete razones por las cuales no coincide con el manifiesto.

Este jugoso duelo se sustenta también en un altanero desafío que Carrión plantea en la "Nota del Autor" de *Contra Amazon*: "¿En qué bando estás?". Suena a una impetuosa exigencia de toma de posición, como si no existiera la posibilidad de no estar del todo ni a favor ni en contra, cuando en realidad se puede perfectamente ser un lector anfibio que se desplaza del papel al digital según las circunstancias. Hay libros inhallables que solo se consiguen en canales digitales. Una enciclopedia, textos técnicos o científicos, y demás, son hasta de más fácil consulta en versión online. Si de leer en el idioma original se trata, el acceso a libros importados es sumamente escaso. Todo esto y mucho más no excluye el placer de visitar las librerías y de tener los libros en la biblioteca. Convivir con libros físicos y digitales no nos convierte en infieles herejes, dignos de morir quemados en la hoguera, sino en sabios y astutos lectores dispuestos a ampliar nuestro espectro de acercamiento a los textos. ■



El progresista Justin Trudeau, al anunciar su renuncia como primer ministro de Canadá

EL MUNDO —

El modelo canadiense de la batalla cultural, un espejo para la Argentina

Pierre Poilievre, candidato a reemplazar al progresista Justin Trudeau, recuerda a Milei en sus ideas, aunque prescinde de la violencia verbal y la búsqueda de un enemigo

lanacion.com.ar/cvama/38616

Gonzalo Garcés
PARA LA NACION

Fue una semana intensa para los que piensan (yo estoy entre ellos) que vivimos un cambio de época mayor. En pocos días Donald Trump avisó que usaría todos los medios, sin excluir la fuerza, para anexar Groenlandia. Mark Zuckerberg declaró que Facebook abandonaba la corrección política, y el símbolo por excelencia de la izquierda woke, el primer ministro canadiense Justin Trudeau, anunció su renuncia. Quiero detenerme en esto último, porque Canadá se parece en muchos aspectos a la Argentina y porque el sucesor probable de Trudeau, el conservador Pierre Poilievre, tiene un discurso que, con toda probabilidad, está llamado a tener un peso importante en lo que se ha

dado en llamar la batalla cultural. Pero antes repasemos la situación. La batalla cultural es el surgimiento, en todo Occidente y después de treinta años de hegemonía cultural de la izquierda, de un nuevo discurso de derecha: seguro de sí mismo, lleno de certidumbre moral, agresivo. Este discurso reivindica la familia tradicional, la civilización judeocristiana, el gobierno limitado y la libertad, pero no lo sostienen, como pasaba hace un siglo, hombres de ojos cansados que se afanan en preservar un orden establecido, sino jóvenes que descubrieron esas cosas como antidoto o vía de escape de un orden que los oprime. Merecieron al orden en el que corporaciones como Disney, Morgan Chase o Facebook moralizan sobre la raza

o el género mientras los salarios no alcanzan para vivir, donde los varones y los blancos son culpables por el solo hecho de serlo y donde, en lugar de los sueños, las ambiciones o el espíritu de aventura que pudieron tener otras generaciones, los jóvenes tienen que conformarse con el proyecto gris de reducir la actividad humana para preservar el planeta, y para cortar el mal de raíz, reducir directamente el número de seres humanos que lo habita.

La batalla cultural tiene sus momentos bisagra y sus protagonistas. 2020 fue el año en que murió George Floyd asfixiado por un policía y el movimiento Black Lives Matter empezó a abordar a personas blancas que almorzaban en restaurantes para exigirles que pusieran



DAVE CHAN/AFIP

un tuitero anónimo "se pusiera rara". Quiso decir que la agresividad que, en un principio, pareció inevitable y hasta necesaria frente al dominio opresivo del discurso woke, últimamente ocurre que se pase dos o tres pueblos, como dicen los españoles, en el camino a una hegemonía tan autoritaria como la que vino a derrumbar. En la Argentina, las huestes mileistas pasaron de negar (con toda razón) la superioridad moral de la izquierda a tratar (con menos razón) de "zurdos de mierda" a todo aquel que ofrezca al gobierno actual algo menos que lealtad incondicional. En Estados Unidos, Trump pasó de reivindicar saludablemente el orgullo y los intereses americanos a sugerir que podría anexar Groenlandia y el canal de Panamá y convertir a Canadá en el estado número 51.

Esto nos lleva de vuelta a la renuncia de Trudeau y el ascenso de Pierre Poilievre. Si, es probable que los dichos de Trump sobre Canadá sean una última burla a quien fue la cara joven y petulante de la hegemonía woke cuando esta parecía imparable, y que ahora deja el poder con una impopularidad descomunal, pero puede que su sucesor no solo defienda a su país de cualquier ambición imperial, sería o no, sino que represente además una alternativa crecientemente atractiva al estilo de Trump en la batalla cultural. Porque Poilievre es parte del cambio, pero de otra manera. Trump (al igual que Milei) es un político agonal: construyó su figura política en el enfrentamiento contra otros políticos y, en general, contra la sensibilidad de izquierda. Es más: podemos decir que la hegemonía woke resultó (o mejor dicho resultó, porque le queda mucho poder) de un momento de la psicología colectiva en que la cualidad de la empatía creció fuera de toda proporción y fue instrumentalizada por algunos en un proyecto de control totalitario. "Empatía suicida" es el nombre que le da otro actor relevante en la batalla cultural, el ensayista canadiense Gad Saad. Y bien: en ese contexto resultó un soplo de aire fresco la ostentosa falta de empatía de Trump. Gusta porque es burlón, porque es indiferente, porque no parece conocer la culpa, y eso es atractivo en un contexto donde nadie, por mucho tiempo, se atrevió a desafiar la culpabilidad obligatoria que reclamaban las Greta Thunberg de este mundo, así como gusta Milei cuando grita sin culpa contra los zurdos, los ensobrados, los degenerados fiscales.

Poilievre es diferente en la forma y en el fondo. Este hijo adoptivo de dos maestros de escuela, que creció en un hogar modesto y se convirtió, a los cuarenta y tres años, en el primer líder autodenominado populista del Partido Conservador, pinta un cuadro de los desmadres dejados por la izquierda no tan diferente del que pinta en la Argentina Milei: un país con descomunales recursos naturales (tanto Canadá como la Argentina tienen el potencial para ser exportadores netos de energía al mundo entero) que languidecen porque el Estado no permite que las empresas privadas hagan su trabajo; un país donde los jóvenes no pueden ni pensar en comprarse una vivienda, no importa cuán duro trabajen, y por lo tanto postergan o descartan formar familias. "Cuando sos joven querés partir a la aventura", dice con voz profunda y a flote Poilievre, "hacerte independiente y encontrar un propósito. Hace treinta años, los socialistas les dijeron a los jóvenes: votémos y nunca tendrán que

crecer, nosotros les daremos todo servido. Esto fue popular por un tiempo en el mundo occidental, pero se dieron cuenta de que era una distopía; que la ayuda del Estado era apenas el lado soleado del control".

Ideas parecidas se pueden encontrar en los discursos de Milei o de intelectuales afines como Agustín Laje; pero, aparte del tono reposado y amable de Poilievre, vale notar que el foco no está puesto en el enemigo, sino en los beneficiarios de la libertad. Y esto es especialmente notable porque la frustración que trae a Poilievre al poder se parece también a la que convirtió a Milei en presidente. Como la Argentina kirchnerista, aunque por cierto a otra escala, el Canadá de Trudeau se percibe como un país dominado por la burocracia, la violencia en las calles, la corrupción y la inflación. También es un país que recuerda haber sido rico (la Argentina hace un siglo, Canadá hasta hace apenas diez años) y que se descubre pobre: si hasta 2010 Canadá tenía un PBI per cápita comparable al de Estados Unidos, en la actualidad Ontario, la provincia más rica de Canadá, es más pobre que Mississippi, el estado más pobre de Estados Unidos.

Pero, de nuevo, el tono del populista Poilievre es diferente del tono del populista Milei. Así, por ejemplo, cuando habla de la inflación, coincide con su par argentino en que es el más inmar de los impuestos, pero pone una vez más el foco en las personas: "La inflación castiga a los que tratan de ahorrar y ser responsables, y de esa forma vuelve imposible ser responsable; porque si te negas a jugar el juego inflacionario, que es tomar prestado para comprar cosas que no podés permitirte, alguien más lo hará, y vos no tendrás nada. Además, es inmoral porque les saca a los pobres, que no pueden protegerse de la inflación comprando oro, propiedades o relojes, y transfere valor a los más ricos". En párrafos como este se va perfilando el protagonista del Canadá que imagina Poilievre: responsable, con proyectos de largo plazo, capaz de asumir riesgos, autónomo, libre. Y de nuevo, hay una diferencia sutil (o no tan sutil) entre un discurso político construido en función de los enemigos y uno construido en función de sus héroes.

Es tanta la similitud entre los planes de Poilievre y los que viene instrumentando Milei que el primero anunció que frenaría la obra pública y las transferencias federales a provincias y municipios hasta que estos reduzcan el tamaño de sus burocracias. Al igual que Milei, Poilievre quiere hacer de Canadá un centro de desarrollo de criptomonedas e inteligencia artificial, aprovechando la abundancia de energía (que la IA consume en grandes cantidades) y las bajas temperaturas, respectivamente, del norte de Canadá y de la Patagonia. Las similitudes siguen y por eso mismo resaltan lo que podríamos llamar el "modelo canadiense" de la batalla cultural: un regreso a la serenidad y la buena educación, y lo más importante, prescindir de la política basada en la construcción de un enemigo, ese rasgo inconfundiblemente populista de la nueva derecha, para enfocarse en la figura positiva del ciudadano libre. Como especular no cuesta nada, nada cuesta tampoco imaginar que, si las políticas económicas de Milei triunfan, llegará un momento en que los argentinos se cansen de la violencia verbal y busquen liderazgos más cercanos al de Pierre Poilievre. ■

— OPINIÓN —

En América Latina, China tiene pendiente una disculpa

Pekín busca olvidar viejas intromisiones del maoísmo, como es el caso en Perú con Sendero Luminoso

Carmen Grau Vila
PARA LA NACION

En noviembre de 2016 Lima recibió, como el año pasado, la cumbre del Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC). Xi Jinping, Putin y Abe Shinzo llegaron del otro lado del Pacífico, mientras Barack Obama se despedía para dar paso a Donald Trump. En un domingo sin tráfico, acabadas las reuniones de alto nivel, una comitiva oficial china entró en la Biblioteca Nacional de Perú. Traía un millar de libros. Una donación de China a Perú para celebrar el feliz encuentro de dos "civilizaciones milenarias". Autoridades peruanas y chinas inauguraron así el primer Centro de Libros Chinos de América Latina. En la entrada se apilaron decenas de copias de un libro con el rostro de Xi y sus discursos, obsequio para los participantes. Como en la época maoísta, el engranaje propagandístico y el culto al líder de la China del siglo XXI también atraviesa fronteras.

Un millar de libros que, sin embargo, no cuenta la herencia que dejó el maoísmo en el Perú. Pareció como que Perú nunca hubiese conocido un libro chino y que China no hubiese roto nunca un plato, cuando la influencia revolucionaria del Libro rojo de Mao Zedong - fundador y gran timonel de la República Popular China desde 1949 - en la sierra peruana fue la chispa que prendió al grupoterrorista Sendero Luminoso.

¿Se olvida China que fue un peruano, en los años sesenta, uno de sus discípulos más aplicados en ideología maoísta y tácticas militares? El propio Abimael Guzmán, cabeza del grupo que trató de doblegar al Estado peruano y desangró al país, afirma en sus memorias que "al maoísmo debo tanto que es, como otras pocas, una deuda invaluable imposible de saldar". La deuda se cobró más de 70.000 vidas.

Guzmán no solo absorbió y aplicó la ideología que impulsaba el líder chino, sino que además llevó al país a la guerra, poniendo en práctica tácticas militares directamente aprendidas en Nankín. De su primer viaje a China en 1965 dijo que fue "una de las experiencias más trascendentales e imborrables" de su vida. Dirigentes comunistas de otros países de América Latina, África o Asia también viajaron invitados a formarse en la República Popular.

En Pekín estudiaron ideología y en Nankín recibieron entrenamiento en guerra popular, estrategia y táctica, y modalidades de combate como emboscadas o asaltos, así como la experiencia de la revolución china. Guzmán calificó su paso por China como una "grandiosa experiencia mi-

litar que, en su teoría y práctica, bebimos de su propia fuente en la China del presidente Mao". Meses de aprendizaje que en los años 80 regaron de violencia el Perú.

Por sorprendente que parezca, se tiende a pensar que durante el maoísmo (1949-1976), China permaneció aislada y no participó en la expansión de la revolución comunista mundial. Sin embargo, la académica Julia Lovell recuerda que durante la guerra fría "aunque la China de Mao no solía jugar según las normas internacionales, lo que sí hacía era jugar". Lovell radiografía brillantemente la influencia de China más allá de sus fronteras en la obra *Maoísmo: Una historia global* (2019).

Explica que en aquella época, pese a la retórica oficial actual, la República Popular se entrometía en los asuntos internos de otros países. "No solo exportaba ideología en la forma de centenares de millones de ejemplares del Libro rojo, sino también otros activos más sólidos para la revolución: financiación, armas y entrenamiento de los insurgentes globales, sobre todo en los países en vías de desarrollo".

Un antiguo historiador de la diplomacia china, entrevistado por Lovell, señala además el bochorno que este pasado le provoca a los gobernantes del chino asiático: "El Partido Comunista Chino no quiere hoy que el pueblo hable de su historia. Su intromisión en otros países fue en aquellos años verdaderamente excelsa".

En la actualidad, la no interferencia en asuntos internacionales es uno de los principios que guían su política exterior. Pekín afirma también que nunca lo ha hecho: prefiere mostrarse neutral y pacífica. Y cuando mira atrás, se victimiza por la agresión de las naciones imperialistas entre 1839 y 1945. Pekín usa además su propia versión de la historia como herramienta geopolítica. En la cumbre China-África de 2022, Xi Jinping declaró ante los mandatarios africanos: "En el pasado hemos sufrido las mismas amargas experiencias".

¿Debería China rendir cuentas por la herencia maoísta y la violencia que es su deseo de expansión provocaron en América Latina y en el resto del mundo?

Tal vez los países afectados nunca se atrevan. Pero no debemos subestimar el daño ocasionado por la China maoísta, ni tampoco los intentos de la China de Xi por enterrar este tabú. Recordando el pasado, el relato que Pekín trata de escenificar en el Sur global resulta muy poco convincente. ■

Doctora en Historia y colaboradora de Análisis Síntico en www.cadal.org

ENSAYO —

Polémica

Pasado y presente de la amenaza al *ethos* democrático

Los autores, en respuesta a un artículo publicado en estas páginas, discuten y reflexionan sobre los desafíos actuales para encontrar nuevos consensos sin discriminar actores políticos

Alejandro Katz y Hugo Vezzetti
PARA LA NACION

El pacto democrático de 1983, amenazado" se titula el artículo de María Eugenia Estenssoro, publicado en LA NACION, el 28 de diciembre pasado. (<https://www.lanacion.com.ar/autor/maria-eugenia-estenssoro-449/>). ¿Por qué ocuparse del "pacto democrático" hoy? La autora oscila entre dos razones. Por una parte, busca refutar a quienes, en las elecciones del año pasado, alertaban sobre los riesgos que suponía un triunfo de Milei para lo que llamáramos el "pacto democrático" iniciado en diciembre de 1983. No es Milei la amenaza, dice, sino el peronismo, concebido como una fuerza intrínsecamente enfrentada al proyecto democrático. Los riesgos, entonces, están más en el pasado que en el presente. La segunda razón en parte contradice la primera: nunca hubo pacto, por lo tanto no hay nada que pueda ser amenazado. Y no lo hubo porque, nuevamente, el peronismo, la bestia negra de esta historia, ha conspirado, desde el comienzo, y a lo largo de cuarenta años, en contra de los acuerdos que podrían sostener lo que no llama pacto sino "convivencia democrática".

Anuda dos problemas que merecen tratarse por separado. Uno es la discusión sobre el consenso político (llamado a menudo "del Nunca Más") que estuvo en el origen de la experiencia democrática. Es bastante obvio que no hubo un pacto explícito y firmado, como el de La Moncloa. Si hablamos de la investigación y juzgamiento de los crímenes de la dictadura, a lo que el artículo en cuestión se refiere extensamente, son conocidos los desacuerdos y la oposición del peronismo (y de gran parte del movimiento de los derechos humanos) a la creación de la Conadep. Estenssoro no dice nada nuevo en su larga crónica sobre las políticas de Alfonsín en el juzgamiento de las Juntas, la soledad, los obstáculos, incluidos los que enfrentó en su propio partido.

Y sin embargo, más allá de la confrontación y de las luchas que fueron definiendo el curso de la escena política en un tiempo largo, algo se fue construyendo en términos de convergencias más o menos tácitas. An-

te todo en el Congreso. Basta repasar los años de la gestión alfonsínista para advertir que las leyes más importantes, en el proyecto del Presidente, como la de divorcio, el Congreso Pedagógico Nacional o el frustrado traslado de la capital, contaron con el apoyo de franjas importantes del peronismo.

El caso de la Conadep, más allá de la oposición inicial, es un buen ejemplo de un acuerdo que se cimentó directamente en y con la sociedad, tuvo efectos perdurables sobre la política y terminó apoyado por casi todos. Vale la pena insistir en esto: no fue solamente el peronismo el que no acompañó los momentos iniciales de la política de derechos humanos de Alfonsín, sino sectores muy amplios de la sociedad, en una muestra de que en ciertos momentos excepcionales el clivaje se produce "desde arriba", desde el liderazgo, y la política recupera por un instante una de sus funciones, la pedagogía. Esto no supone "exculpar" — como si eso fuera posible o incluso interesante — al peronismo por la falta de visión, o de coraje, o de integridad política (y cívica) que exhibió en ese momento, pero ayuda a situarlo en un contexto en el cual esa defección puede ser leída en otra clave.

El pacto democrático fue entonces resultado de un impulso surgido de Alfonsín y del pequeño grupo que lo acompañaba con convicción en ese punto, pero no tardó en convertirse en un *ethos* democrático que hasta entonces había estado ausente en nuestra comunidad política. Eso explica que nadie, salvo los defensores de la dictadura (y ahora algunos seguidores del presidente Milei, sino Milei mismo), rechazara el resultado de las políticas de justicia decididas en 1983. El peronismo, tanto en la etapa menemista como en el giro radicalizado de la gestión kirchnerista buscó, desde el Estado, intervenir en la interpretación de ese pasado e imponer otras políticas, sea el indulto y la "reconciliación", sea la tardía reivindicación de los partidos armados. Quienes esto firmamos hemos escrito mucho, desde hace tiempo, sobre esas políticas y hemos criticado tanto la variante de la amnesia sobre el pasado como la manipula-

ción radicalizada que proyectaba los mismos combates en el presente. No intentamos ubicarnos en un "justo medio" que si siempre es inexistente o problemático lo es mucho más en estos temas, sino más bien trabajar para evitar las políticas de clausura, de cierre. Desde el llamado a olvidar tanto como desde la interpelación a recordar todo el tiempo y de una sola forma posible, se bloquean la diversidad de interpretaciones, la proliferación de preguntas, un trabajo que apunte no a la cristalización del pasado en alguno de sus modos radicalizados sino a interrogarlo sin contemplaciones para abrir y discutir los problemas del presente.

Pese a los obstáculos y los fracasos, lo que no cambiaba era el juicio sobre la dictadura, sobre la fractura y la catástrofe del acontecimiento que instauró un corte en la historia previa, en el Estado y en la sociedad. Menem, que indultó a los responsables de los crímenes, incluyendo los de la guerrilla, no rechazaba el Juicio ni los delitos, nunca se juntó con militares o guerrilleros indultados y reprimito a los sublevados con todo el poder militar. Nunca habló de excesos y de guerra (el argumento de la dictadura), como sí lo hizo Milei. Ese consenso se mantuvo hasta el nuevo ciclo inaugurado por el gobierno actual.

En todo caso cabe preguntarse por los cambios en la política y en la sociedad que hacen posible hoy esa transformación de la memoria pública. Porque resulta evidente que aquello que llamamos el "pacto de los derechos humanos" o el "consenso del Nunca Más" solo podía prolongarse como *ethos* compartido si seguía produciendo sentido en una sociedad que ya no era aquella que lo había establecido, pero que durante mucho tiempo siguió renovándolo no solamente como acuerdo respecto de los hechos de la historia reciente sino también como compromiso acerca del mejor modo de existencia de la comunidad política: en democracia, gestionando los desacuerdos por medio de la palabra y no de la acción, reprimiendo, digámoslo así, el pasaje al acto. Puede parecer ocioso recordar las numerosas crisis — políticas, sociales, militares, económicas — que atravesaron a la sociedad



Alfonsín, durante la rebelión de Semana Santa, con líderes del peronismo

argentina en las décadas posteriores a la recuperación de la democracia, pero vale la pena hacerlo para destacar que modo ese *ethos* surgido del pacto original evitó que esas crisis se resolvieran de modos no democráticos y no pacíficos.

Pero no son las preguntas acerca de por qué se agotó aquel impulso lo que busca abrir el artículo comentado. Por supuesto, se puede discutir si es preferible hablar de pacto, consenso o acuerdos de "convivencia". Pero no cambia mucho la naturaleza de un problema que exige una mirada y un juicio sobre el conjunto del sistema y la cultura política.

El segundo problema emerge en su juicio histórico sobre el peronismo, sobre todo acerca de su papel en la edificación de la democracia "real" que supimos conseguir y que, nadie puede dudarlo, está muy lejos de cumplir con los valores, actitudes, prácticas proyectadas por quien ha sido reconocido, por todos, como el Padre Fundador de la etapa abierta en 1983. A los interrogantes que supone abordar el tiempo largo de la política del peronismo, sus cambios y sus giros ideológicos, Estenssoro responde con una visión estrecha y sesgada. Dicho brevemente, para ella, en la noche del peronismo todas las gatas son pardas. Luder es lo mismo que Menem; Massa podría haber encarnado el mismo proyecto hegemónico que Cristina; Kirchner es el anti-Alfonsín (a pesar de que Alfonsín y todo el radicalismo apoyaron la renovación de la Corte y la reapertura de los juicios), etc. Puede cargar las tintas sobre las culpas del peronismo indistintamente por el apoyo a la autocracia y los indultos o por borrar los crímenes de la guerrilla, como si

fuera a todo lo mismo. Deja de lado el esfuerzo que exige analizar una realidad que es bastante más compleja que ese esquema binario, blanco/negro, que no permite percibir los grises que le dan su dimensión y su volumen. Un esquema, hay que decirlo, que no es exclusivo de la autora sino de toda una cultura política a la que le resulta difícil — o, quizá peor: a la que no le interesa — comprender lo real de un modo que no sea falsamente dilemático: peronismo/anti-peronismo, Estado/mercado. El clisé se repite y se amplía cuando se refiere al peronismo y la izquierda (otra vez todo lo mismo) como inventores del supuesto "pacto". Si se trata de un discurso, completamente pertinente, de semántica histórica y política, lo primero es indagar en las condiciones y usos del término "pacto" en el vocabulario, y en las promesas de la nueva democracia, en los textos de Juan Carlos Portantiero, de Emilio de Ípola, en el Discurso de Parque Norte. Una cosa es señalar el *wishful thinking* y el voluntarismo reformista de los años virginales de la democracia, y sus herencias hacia el presente (que no se entiende por qué Estenssoro atribuye solo al peronismo y la izquierda), para proponer un análisis más realista de los fracasos y los logros del proyecto alfonsínista. Otra muy distinta es dibujar la ficción de una guerra política prolongada y una pura confrontación, con el peronismo como una fuerza que siempre conspiró contra Alfonsín, primero apoyando a la dictadura y después a la guerrilla.

Este relato histórico, que por momentos desciende a la diatriba, tergiversa y omite los hechos que no concuerdan con sus tesis. Tergiversa, por



CARLOS FRAGA

nes realizadas a lo largo de los años, quienes elaboran "documentos", cuya diversidad de puntos de vista e interpretaciones de la historia reciente desmienten las acusaciones que Estenssoro realiza sin ofrecer ninguna evidencia.

Las omisiones son aun más significativas en la narración sobre el peronismo en los primeros años del ciclo democrático. Se refiere a la crisis de Semana Santa y borra el apoyo explícito del peronismo en la Asamblea Legislativa y en la Plaza. ¿Era la expresión del pacto o simplemente convivencia democrática? No se aprecia lo importante de esa diferencia. También se ocupa de la rebelión del coronel Seinelin en diciembre de 1988 y dice que fue aplastada. Confunde: la que fue aplastada fue la de 1990 y el que la aplastó fue Menem, el mismo de los indultos. Ahí empezó a liquidarse al Partido Militar, proceso que concluyó cuando fue abolido el servicio militar. En cierto sentido Menem completó lo que Alfonsín había comenzado con el Juicio, al culminar con la subordinación del poder militar a la autoridad republicana. ¿Hay que ponerlo en el panteón de los "buenos"? En verdad, la historia no puede ser entendida como un cuento de buenos y malos que renuncia al trabajo del pensamiento y el juicio ponderado sobre el pasado.

Los problemas del artículo que nos ocupa no se agotan en la sesgada o mal intencionada interpretación del pasado. Se extienden, y quizá aquí radican sus peores sentidos, en el presente. Por una parte, porque la operación de responsabilizar al peronismo, una vez más, de todos los males de nuestro país, perturba el diagnóstico y en consecuencia las respuestas que la política debe dar a los problemas más urgentes que enfrenta la sociedad. Una operación que minimiza o ignora los rasgos autocráticos que cada día se exhiben con más claridad en el momento actual y que constituyen, como hemos dicho, la amenaza más consistente que se ha producido hasta ahora a aquel consenso democrático.

Pero por otra parte porque esa demonización del peronismo cierra las puertas a la reflexión más importante: ¿cómo se arma la escena política sobre la base de la exclusión, si no formal al menos moral, de un actor que representa la identidad política de un sector muy amplio de nuestra sociedad? ¿O acaso trataría, el artículo, justamente de eso, de sugerir que el desafío del gobierno actual consiste en encontrar el modo de cumplir con el viejo sueño de terminar con el peronismo, por qué no, también con la izquierda? O acaso trataría, como Alfonsín se propuso en algún momento, creando una nueva representación para los sectores populares a los que el peronismo dio una identidad política, sino de hecho suprimiendo esa representación, o lo que quedaba de ella. Quizá el momento sea el adecuado, en virtud del inmenso fracaso del peronismo para que esos sectores populares mejoraran sus condiciones de vida y extendieran el horizonte de posibilidades, que se ha venido colapsando para ellos desde hace ya demasiado tiempo. Pero si aquel fracaso se convirtiera, como parece ser la intención del gobierno (al cual el artículo de Estenssoro viene a auxiliar contribuyendo a la instalación de un nuevo sentido común), en la ocasión de cancelar toda representación política de los sectores subalternos de la sociedad argentina, entonces sí el diagnóstico de la autora se convertiría en verdadero, aunque por otras razones y en otro momento; entonces sí el pacto democrático se habrá extinguido. Y eso, extinguirlo, acabar con él, cancelar el *ethos* democrático parece ser, en efecto, el propósito del gobierno actual. ■

ejemplo, cuando dice, contra toda evidencia, que en la historia pública no se mencionan los indultos de Menem que serían "el gran tabú de la política argentina" (?). En un párrafo notable que merece un comentario detallado señala que "con esa habilidad magistral que tiene el peronismo para reescribir la historia a medida de su conveniencia política, cuando se habla de las leyes de impunidad que 'clausuraron' los juicios y liberaron a los militares, en la mayoría de las páginas oficiales, documentos del Conicet, la UBA o sitios de organizaciones de derechos humanos, se nombran las leyes de Punto final y Obediencia debida de Alfonsín. Casi nunca se mencionan los indultos dictados por el presidente peronista Carlos Menem en su primer año y medio de gobierno". Pero la presencia del peronismo en los órganos de gobierno de la Universidad de Buenos Aires y de sus facultades ha sido en estas décadas realmente marginal; la casa de estudios ha estado principalmente gobernada por las organizaciones reformistas, y en especial por el radicalismo. Atribuir al peronismo, en una sola frase, la responsabilidad por presuntos documentos de la UBA no es tan solo una falta a la verdad de los hechos, sino también un gesto ideológico, en correspondencia con la aversión que el Gobierno muestra hacia las instituciones de educación. Ni la UBA ni el Conicet tienen por lo demás "documentos" que nombren unas cosas y omitan otras: son los investigadores o docentes de esas casas de estudio, que no son mayoritariamente peronistas, según da cuenta el resultado de las elecciones del claustro de profesores en las sucesivas elec-

POLÍTICA —

Las elecciones de 2025, un contexto novedoso para las fuerzas políticas

El triunfo de Milei desestructuró a las fuerzas tradicionales y dificulta el alcance de acuerdos

Guido Ratti
PARA LA NACION

Desde la llegada del *outsider* Javier Milei a la presidencia, tanto los partidos políticos como las precarias coaliciones que estos conforman, se encuentran desarticulados y desorientados ante el fenómeno libertario. El impacto sobre la política tradicional, que había controlado durante décadas los espacios de poder, ha sido profundo y con ramificaciones aún inciertas. La oposición deambula a la deriva, carente de un discurso que la ordene y de un liderazgo capaz de conducirla.

En este novedoso contexto, la elección legislativa de octubre de 2025 pondrá en juego el volumen legislativo de cada fuerza. ¿Nacerá un nuevo bicameralismo producto de una profunda polarización en el sistema? ¿Se presentará una atomización de los espacios, producto de la incapacidad de alcanzar acuerdos mínimos entre sus referentes? La temporada estival promete comenzar a despejar algunas de estas incógnitas. Quienes tengan aspiraciones deberán posicionarse rápidamente, con una narrativa que los diferencie, y ofrecer un futuro de país que ayude a superar las complejas dificultades socioeconómicas existentes.

La necesidad de polarización pareciera ser el escenario de preferencia tanto para el presidente Milei como para el peronismo controlado por Cristina Fernández, en una estrategia compartida y previsible para ambos.

Para Milei, confrontar con un pasado al que siempre disfruta denostar; para Cristina Fernández, hacerse fuerte en la provincia de Buenos Aires donde reside mayoritariamente su núcleo duro y liderar en soledad la oposición.

La extrema polarización política de una sociedad de opuestos y posiciones irreconciliables, impide alcanzar consensos que le permitan avanzar hacia el futuro. Reiterar errores del pasado significaría plasmar una oferta electoral tóxica para la ciudadanía.

Sin embargo, aún reina la incertidumbre en el arco político. En el oficialismo, no se vislumbra claramente un acuerdo electoral de La Libertad Avanza con el PRO. ¿Lo necesita el gobierno?, ¿habrá un armado alternativo bajo la conducción del ex presidente Mauricio Macri con eje en la Ciudad de Buenos Aires, inexpugnable desde 2007? El jueves pasado Macri hizo un primer movimiento.

En la vereda opositora, el peronismo también encuentra dificultades en sus alineamientos

internos. ¿Podrá aglutinar en un frente a los diversos sectores del justicialismo, con el antecedente del frustrado diseño del gobierno anterior? ¿Qué papel jugará el peronismo no kirchnerista? ¿Cuál será el posicionamiento de la Unión Cívica Radical y bajo qué liderazgo emprenderá la contienda legislativa?

Si la incapacidad de alcanzar acuerdos entre los diferentes espacios produjera un escenario de atomización, la dispersión de votos resultante favorecería muy probablemente al oficialismo. Si el PRO decidiera confrontar al Gobierno, y el peronismo no kirchnerista a Cristina, la oferta electoral se atomizaría sumados el radicalismo y la izquierda. Polarizar con el kirchnerismo, y al mismo tiempo beneficiarse por la existencia de una oferta atomizada, podría resultar la combinación perfecta para los libertarios. Los argumentos del antisistema y la denuncia permanente a la "casta", le dieron el triunfo a Milei en diez provincias, en las elecciones generales, y en 21 en el ballottage de 2023.

El domingo 26 de octubre se renovará un tercio del Senado y la mitad de la cámara baja. Elegirán 24 nuevos senadores las provincias de Salta, Chaco, Santiago del Estero, Entre Ríos, Ciudad de Buenos Aires, Neuquén, Río Negro y Tierra del Fuego, en reemplazo de los que ingresaron en 2019 cuando Alberto Fernández obtuvo la presidencia. Finalizarán sus mandatos 13 senadores del Frente de Todos, ocho de Juntos por el Cambio y tres de partidos provinciales.

Aunque posee un bloque mínimo de seis senadores, el Gobierno no pone en juego sus bancas. Podría incorporar entre ocho y 16 nuevos parlamenta-

rios, aun perdiendo en algunas de las provincias que renuevan. En las generales de 2023, obtuvo el primer lugar en Salta y Neuquén, fue segundo en Chaco, Santiago del Estero, Río Negro y Tierra del Fuego detrás de Unión por la Patria, y quedó tercero en Entre Ríos y en la Ciudad de Buenos Aires. Un resultado favorable mejoraría su volumen legislativo, pero seguiría dependiendo de acuerdos y consensos de tradicional naturaleza política, para avanzar en las reformas que buscará implementar en lo que reste de su gestión gubernamental.

En el Congreso, que elegirá 127 nuevos diputados nacionales, las agrupaciones con mayor cantidad de legisladores que dejarán sus bancas a finales de 2025 son Unión por la Patria con 47, el PRO con 22 y la UCR con 14, mientras que el Gobierno solo pondrá en juego ocho de sus bancas. Entre los distritos clave por su mayor volumen y peso político se encuentran la provincia de Buenos Aires (supera el 37% del padrón total) con 35 diputados nacionales y la Ciudad de Buenos Aires con 13, seguidos por Córdoba y Santa Fe, ambos con 9, que aportarán más de la mitad de los diputados que se elegirán en octubre. Solo la provincia de Buenos Aires renovará una mayor cantidad de legisladores que todas las provincias cordilleranas juntas, desde Jujuy hasta Tierra del Fuego. En los cuatro distritos clave para su futuro legislativo, el gobierno registra antecedentes favorables. En 2023 triunfó ante el peronismo en Córdoba y en Santa Fe, obtuvo el segundo lugar en Buenos Aires, y quedó tercero en la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo, un peronismo unificado podría fortalecerse y disputarle las bancas en disputa en ambas cámaras.

¿Qué impacto podría tener la elección sobre las aspiraciones futuras de los contendientes? En las últimas cinco elecciones nacionales legislativas desde 2005, los oficialismos se impusieron en dos oportunidades y fueron derrotados en las tres restantes. Pero ni la derrota del kirchnerismo en 2009 impidió su reelección en 2011, ni el triunfo del macrismo en 2017 le garantizó su continuidad en 2019. Un resultado legislativo favorable mejora la capacidad para implementar reformas y amplía la base de poder territorial, pero no necesariamente incide sobre el cambio o la continuidad del signo político en la elección presidencial posterior. ■

Periodista y politólogo

Quienes tengan aspiraciones deberán encontrar una narrativa que los diferencie

Aunque posee un bloque de seis senadores, el Gobierno no pone en juego sus bancas

MÚSICA Y SOCIEDAD —

¿Se podría cancelar a Beethoven? También los críticos exageran

En su último libro, el polémico Norman Lebrecht apunta contra la cultura woke por las programaciones del compositor alemán; la alarma parece infundada

Pablo J. Rodríguez
EL PAÍS

Está en peligro la música de Beethoven? Es el temor que Norman Lebrecht (Londres, 1948) expresa en el epílogo de su reciente libro *¿Por qué Beethoven? Un fenómeno en cien obras*, publicado en España por la editorial Alianza. "Se ha pedido que se prohíba a Beethoven por ser hombre y blanco, que se lo silencie para dejar espacio a las voces reprimidas", dice el especialista. Y prosigue con un vaticinio nada alentador: "No pasará mucho antes de que algún académico en busca de llamar la atención de un primo que se dedique a las relaciones públicas presente pruebas de que Beethoven tuvo acciones en una empresa de tráfico de esclavos, hizo que las cantantes adolescentes de su *Novena Sinfonía* lo besaran en la boca, insultó a las minorías y se expuso en un lugar público". Y lo remata dejando al lector preocupado: "En realidad, todas estas afirmaciones son ciertas, menos una, como demuestra el libro que acaba usted de

leer. En la situación actual, la prohibición de Beethoven está tan cerca como la aparición de un titular *woke* en *The New York Times*".

Todo esto proviene de una de las voces más conocidas de la crítica de música clásica en inglés. Lebrecht es el propietario de *Slipped Disc*, el portal de noticias de música clásica más influyente, y autor de varios libros provocadores, como *El mito del maestro* (1997) y *¿Quién mató a la música clásica?* (1998), donde cuestiona el culto a la figura del director de orquesta y desvela los entresijos comerciales de esta música. También es un ameno ensayista y hasta un novelista de éxito, con su libro *Genio y ansiedad: Cómo los judíos cambiaron el mundo, 1847-1947* (2022) y su bestseller titulado *La canción de los nombres olvidados*, adaptado a la pantalla grande en 2019. Su intensa actividad en los medios ha combinado las columnas periodísticas (de *The Daily Telegraph* a la revista *The Critic*) con los programas radiofónicos (en BBC Radio 3) y desde hace

casi 30 años escribe en la revista española *Scherzo*.

Lebrecht es, ante todo, un "descuidado pero entretenido *muckraker* británico", según la certera descripción del musicólogo estadounidense Richard Taruskin. Un brillante "removedor de basura" que ha combinado una atractiva vena narrativa con frecuentes inexactitudes y una natural inclinación al sensacionalismo. Sus desmanes editoriales obligaron a retirar de las librerías su monografía *Maestros. Masterpieces and Madness* en 2007, tras una denuncia por difamación de Klaus Heymann, fundador del sello discográfico Naxos. Y su odio hacia el academicismo que representa la musicología no ha parado de crecer, tal como demostró este mismo mes, en su columna en *The Critic*, donde tilda al difunto Taruskin de "fanfarrón" por cuestionar la veracidad de las memorias de Dmitri Shostakóvich publicadas por Solomon Volkov en 1979, un libro completamente desacreditado

Para Lebrecht, la musicología actual está demasiada atenta a Black Lives Matter

Beethoven sigue siendo hoy sinónimo de lo que llamamos música clásica



John Eliot Gardiner dirige un ciclo dedicado a Beethoven en el Carnegie Hall, en 2020

JAMES ESTRIN/ THE NEW YORK TIMES

desde hace décadas para la mayor parte de los especialistas y para no pocos críticos.

Esta nueva monografía de Lebrecht sobre Beethoven es una especie de segunda parte de *¿Por qué Mahler? Cómo un hombre y diez sinfonías cambiaron el mundo* (2011). Si en el anterior libro repasaba la impresionante fortuna de la música de Mahler en contraste con la indiferencia que cosechó en su tiempo, ahora procede en sentido inverso con el caso único de Beethoven, un compositor cuyo perenne éxito no ha decaído desde su época hasta nuestros días. Sin embargo, afirma que todo va a cambiar por culpa de la musicología actual, atenta a los movimientos sociales del *Me Too* y *Black Lives Matter*. Conviene aclarar que ningún musicólogo ha propuesto "cancelar" a Beethoven, sino más bien afrontar la falta de diversidad en la música clásica y la necesidad de ampliar la programación con obras de compositores marginados. Vencer ese conservadurismo con un repertorio más diverso e inclusivo ha permitido, por ejemplo, el renacer de la compositora afroamericana Florence Price. Pero esto es negativo para Lebrecht: "La Orquesta Sinfónica Nacional de Estados Unidos solo puede interpretar un ciclo de Beethoven junto con las obras de dos compositores afroamericanos, George Walker y William Grant Still, ninguno de los cuales presumiría de estar a su altura", afirma en alusión al ciclo de conciertos Beethoven & American Masters de la NSO de Washington.

Si Lebrecht hubiese leído a Taruskin, en lugar de insultarlo, habría comprendido la verdadera razón de la pervivencia de la música de Beethoven, algo que no aclaró en las 400 páginas de su libro. En el segundo tomo de su monumental *Oxford History of Western Music*, el musicólogo Taruskin explica que la música de Beethoven inauguró el mundo musical en el que vivimos hoy. Sus composiciones cambiaron lo placentero por lo grandioso como finalidad artística, lo que les otorgó un cariz sagrado con inmensas repercusiones venideras. Las grandes obras musicales, al igual que los grandes cuadros, comenzaron a exponerse en espacios públicos especialmente diseñados para ello. Así nacieron las salas de conciertos como museos o "templos del arte" donde el público no acude a entretenerse sino a elevarse. Y la exégesis sonora de esos textos sagrados ha configurado, con el paso del tiempo, una serie de grandes interpretaciones que atesoramos desde principios del siglo XX gracias a las grabaciones. Tras Beethoven, desaparecieron prácticas tan habituales hasta entonces en la música clásica como la improvisación (hoy relacionada con el jazz), y los intérpretes clásicos se convirtieron en los grandes "lectores" de partituras escritas que siguen siendo en la actualidad.

Precisamente a esto se dedica el libro de Lebrecht: el autor selecciona un centenar de esas composiciones o "textos sagrados" de Beethoven, comenta sus particularidades y destaca las grabaciones que más le gustan. La selección no es cronológica y está agrupada por temas ("Beethoven enamorado", "Beethoven encerrado", "Beethoven en apuros..."). Esta estructura permite al autor una amena sucesión de comentarios biográficos del compositor, anécdotas de sus intérpretes junto a vivencias personales del propio Lebrecht. Comienza en 1798 con la *Sonata Patética* para comentar el mecenazgo que permitió a Beethoven dedicarse a componer y culmina con los *Drei Equali* (1812) que sonaron en su funeral. Pero Lebrecht adereza cada historia con

LITERATURA Y TECNOLOGÍA —

aspectos escabrosos y sensacionalistas como los peculiares hábitos sexuales del príncipe Lichnowsky o el rudimentario caterismo que le practicó el doctor Wawruch en sus últimos meses. Esta obsesión lo lleva a extrañas contradicciones, como afirmar que Beethoven nunca mantuvo relaciones sexuales, al poco tiempo, plantear la hipótesis de que tuviera una hija secreta con la condesa Josephine Brunsvik, a la que también convierte en su "Amada inmortal".

Dejando a un lado todas las consideraciones biográficas de Beethoven, tejidas con más o menos imaginación y a veces contrastadas con Wikipedia, los comentarios más interesantes del libro tratan sobre los intérpretes. Lebrecht ha conocido a muchos de los grandes directores e instrumentistas beethovenianos de los últimos 40 años. Sus retratos de primera mano de directores como el "santo loco" Klaus Tennstedt y el "pacificador" Neville Marriner son muy atractivos. De hecho, investiga por qué la *Séptima sinfonía* es la obra de Beethoven más programada por las grandes orquestas y pregunta por ello a directores como Iván Fischer, Simon Rattle, Riccardo Chailly, Franz Welser-Möst, Leonard Slatkin y Fabio Luisi. También los consulta sobre sus grabaciones favoritas, como hace sobre el *Concierto para violín* con Gidon Kremer, y termina decantándose por la maravillosa grabación en vivo de Ginette Neveu, en septiembre de 1949, un mes antes de morir en un accidente aéreo a los treinta años. Hay muchas recomendaciones y comentarios interesantes sobre grabaciones de Beethoven, entre las que destacan Alicia de Larrocha y el Cuarteto Casals como únicas representaciones españolas.

La parte más personal (y sincera) del libro se centra en la *Sinfonía Pastoral*. Aquí el autor narra la terrible relación con su madrastra, que lo llevó a odiar instintivamente esa composición y el disco de Bruno Walter que le ponía en su casa. Pero Lebrecht dedica un interés especial a dos famosos temas especulativos beethovenianos con desigual fortuna. Por un lado, sigue manteniendo la rocambolesca historia de las raíces familiares españolas del compositor, algo ya desmentido tras la difusión del registro bautismal de su abuela paterna que había nacido en Châtelet, un municipio belga próximo a la ciudad de Charleroi. Y, por otro, la dedicatoria de la famosísima bagatela *Für Elise*, que el autor convierte en un episodio de "robos, fraude, sexo, nazis, engaño intencionado y corrupción". En este caso, Lebrecht aporta una nueva y complejísima teoría, con ayuda de Michael Lorenz de la Universidad de Viena, donde le atribuye el título de la obra a una falsificación para otorgar posteridad a Elise Schachner, la nieta que tuvo la poseedora del autógrafo desaparecido de la obra. Pero no toma en consideración la última aportación de Klaus Martin Kopitz, publicada en 2020 en *The Musical Times*, donde mantiene viva la hipótesis de que la obra se dedicó a la cantante Elisabeth Röckel.

En resumen, Beethoven sigue siendo prácticamente un sinónimo de lo que hoy llamamos "música clásica", por lo que es imposible su cancelación. De hecho, a esa misma conclusión llega el artículo de James Mitchell en *Varsity*, una publicación independiente de la Universidad de Cambridge, en diciembre de 2020, que Lebrecht no cita en este libro, pero sobre el que apoya todos sus temores infundados. Larga vida a la música de Beethoven, pero ojalá dentro de un repertorio cada vez más diverso e inclusivo. ■



La traducción humana, un oficio de siglos que corre riesgos de extinción

El avance de la inteligencia artificial amenaza con volver obsoleta una de las prácticas más especializadas

Ariel Magnus
PARA LA NACION

De niño sentía fascinación por los oficios que desaparecen. El de desollador, sobre todo. Pero también el de arreador de velas en un barco, o el de copista. No me entraba en la cabeza que se esfumara, más que la empresa o el puesto, la labor en sí. Quizá le debo a este estupor haber elegido un oficio conceptual, al margen de los vaivenes de la técnica.

Quise ser escritor desde antes de saber lo que era el futuro y me educaron para ser periodista, pero cuando tuve la oportunidad de al fin elegir no dudé en volcarme a la traducción literaria. Saber idiomas y no usar esa prerrogativa para acercar libros foráneos a lectores propios me parece mezquino, además de que traducir es la mejor forma de adueñarse de los autores que a uno le gustan. Escribiendo novelas podía irme mejor o peor, mientras que con la traducción nunca me faltaría el pan, calcule. A fin de cuentas, los idiomas son artefactos que usamos hace miles de años, no pasarán de moda como las lámparas a gas.

El primer piedrazo a estas ideas iluminadas me alcanzó hace unos cinco años, con Google Translate. Lo probé, casi en broma, con la traducción de una biografía de redacción monótona, que además debía terminar rápido. Un par de párrafos alcanzaron para dejarme pasmado. Claro que la máquina pitaba de lo lindo, pero en un 70-80% la traducción era decente, y a quién le molesta ver reducida su labor al restante 20-30%. Me alejé de la tentación como de una droga, pensando que con textos

académicos eso algún día acabaría funcionando, pero nunca con los de corte literario.

Esa ilusión algo pedante se vino al suelo con la irrupción de la inteligencia artificial. Nadie que la haya puesto a prueba con un texto más o menos complejo habrá dejado de notar que estamos ante otra clase de máquina traductora. No solo entiende más —o simplemente eso: entiende—, sino que también sabe darle estilo a su traducción, corregir, buscar variantes. Hay que tener muchas ganas de fingir demencia para no admitir que, si estamos ante sus primeros pasos, en breve nos llevará una distancia irrecuperable a los traductores de a pie.

Y esto incluye el nicho que creíamos a salvo de cualquier injerencia automatizada. Que la literatura pasatista y de género dejará en breve de plantearle dificultades a la máquina parece indiscutible. Pero tampoco la que se precia de más elevada —mucho menos desde que eso equivale a escribir con alarde de parquedad morfológica y sintáctica— va a necesitar de un *depl* o un *chatpt* o un *claude* especialmente calibrado para despachar su traducción. En minutos. Sin omisiones involuntarias ni typos. Por un módico abono anual. A todos los idiomas en los que estén entrenados.

El robot comete dislates y es de esperar que lo siga haciendo. Pero no menos nos equivocamos los humanos y hacerlo de manera menos evidente hasta puede ser una desventaja. Porque de lo que se trata en una traducción comercial es de que funcione en el idioma de llegada. Si algo está evi-

dentemente mal, más fácil para el editor detectarlo y corregirlo.

El intermediario lento y oneroso, ese mal necesario de los libros extranjeros, está a punto de quedar tan obsoleto como un fogonero en un tren eléctrico. Si ya desde antes no era necesario, para un crítico, conocer el idioma original para opinar sobre la calidad de una traducción, qué problema se puede hacer ahora un editor, por muy monolingüe que sea, en trabajar sobre un texto como si no fuese (buscase ser) la transcripción lingüística (y cultural) de otro. Hasta hace unos meses, decíamos que no bastaba con saber bien dos idiomas para ser traductor de uno al otro; hoy, gracias a la calculadora semántica (la definición de Mariana Dimópulos), ya sobra con dominar medianamente uno solo.

Estamos ante la crónica de una muerte anunciada para los traductores, o en todo caso ante el fin del mundo tal como lo conocíamos, pero el resto de la humanidad, ¿qué habrá perdido? En términos técnicos, me temo que poco y nada, ya que es de esperar que estas máquinas dominen a la perfección las variantes antiguas y modernas de todas las lenguas, no bien hayan incorporado la suficiente cantidad de archivos de texto y audios y hasta video.

En cuanto al aspecto digamos moral de la traducción, podría reducirse a la siguiente dicotomía: ser fiel al original vs. hacerle la vida fácil al lector. Hasta ahora, se trataba de una decisión que tomaba el traductor. ¿Por qué no imaginar que a partir de la IA empiece a tomarla el lector? Así

como anuncian que en breve podremos elegir, no entre diferentes películas ya filmadas, sino la que nos gustaría que se produzca exclusivamente para nosotros en ese momento, no resulta impensable que sea también el lector el que elija, no solo la variante específica en que quiere traducido el libro, sino cómo debe proceder la máquina en las encrucijadas. Hasta se podría salvar a los traductores que reivindicaban la intuición agregando el comando: "Traduce según tu palpitio".

Salvo a los teóricos del género, a nadie le importa nuestro trabajo. Gracias si el lector registra que el autor del libro que tiene en sus manos no lo escribió en ese idioma (lo que paradójicamente puede ser considerado una marca de traducción exitosa). Claro que siempre existirán los nostálgicos que siguen justificando el denuedo de un cerebro natural, pero me pregunto cuánto podrá sobrevivir ese sentimentalismo a las ecuaciones costo-beneficio, que además implican la cantidad de libros que se publican. De un autor extranjero, en la editorial más boutique, será más económico poner a disposición del público local toda su obra que tener que elegir uno o dos botones de nuestra. Y frente a mesa de novedades —física o virtual— el ávido lector tendrá que elegir entre llevarse esa obra completa, traducida por una máquina, o gastar lo mismo en uno o dos libros con tracción a cefaleas y hernias cervicales.

Y todo esto justo cuando habíamos llegado a figurar en la tapa de los libros. Justo cuando habíamos formado nuestras propias academias y asociaciones, y teníamos nuestro cuadro tarifario y nuestras becas, y en muchos casos cobrábamos mejor que los autores! Porque fue ayer que se logró sacar del oscuro callejón del trabajo a destajo uno de los oficios más antiguos del mundo (de tipo intelectual, se sobreentiende), una labor de la que han dependido religiones y filosofías y a cuya mala praxis le debemos tantos conflictos y guerras (lo que prueba la trascendencia de hacerla bien). Es como si lo hubiésemos intuido. En retrospectiva, este augurio de oficio, tras milenios de invisibilidad, semeja esa mejoría de la muerte que experimenta el enfermo terminal antes de sucumbir.

¿Exagero? Ojalá. Nada me gustaría más que estar pasando de apocalíptico y que lo que parece un bebé de bipedos, que ya entiende mucho y lo entenderá todo, en realidad sea una cría de monos, que hasta aquí llega y nunca se adentrará en los libros de autayuda de Darwin.

Para el caso de que siga avanzando, queda descartado de plano cualquier colaboración. Ya suficiente información le hemos regalado a nuestro enemigo. Trabaja a partir de ahora como a codero sería afilarle el deliberadamente la sierra con que nos terminará de serruchar el piso. Mejor guardar la esperanza de un pacto de no agresión mutua. A fin de cuentas, todavía hay personas que confeccionan ropa a mano, se afeitan con navaja y juegan al ajedrez con amigos. Otro dato alentador, al menos para mí, es que, como descubri ya de adulto, los desolladores siguen existiendo, aunque ya no anden con sus escaleras al hombros, ni cubiertos de hollín. ■

Escritor y traductor. Su última traducción es *Carta al padre* (Hueders), de Franz Kafka

LECTURAS —

John Banville

Una memoria dublinesa y un encuentro capital

El escritor acaba de publicar *La alquimia del tiempo*, en el que recuerda menos su vida que su relación con los espacios de su ciudad natal; también se recupera un relato donde recrea la célebre cita entre un filósofo y un poeta

Nicolás Mavrakis
PARA LA NACION



La alquimia del tiempo. Un *memoir dublinés*, del novelista irlandés John Banville (Wexford, 1945), es el tipo de relato autorreferencial que ayuda a distinguir entre las autobiografías, las confesiones y las memorias. Como autobiografía, este libro no satisfará a quienes esperen conocer los pormenores de Banville como hombre ni escritor. De hecho, tratándose de una infancia, una juventud y una adultez sin grandes sobresaltos, incluso los detalles a propósito del trato que le dispensaba su familia son una incógnita. Al contar la repentina muerte de una tía enferma con la que vivía cuando él ya era mayor, por ejemplo, Banville subraya que fue una de sus propias hermanas, y no él, quien se ocupó de las pertenencias de la difunta, puesto que se lo consideraba "el bebé de la familia, el elegido, y debían protegerme de las imposiciones más atroces de la vida". Por qué gozaba de tales privilegios, sin embargo, no es algo que *La alquimia del tiempo* explique. Y, por supuesto, a partir de esta ausencia de un mundo íntimo, las confesiones personales también están ausentes.

De lo que se trata, en cambio, es de un recorte afectivo, histórico e intelectual de los espacios. En especial, los espacios urbanos que Banville eligió apropiarse desde joven tanto por el peso de su historia personal como literaria. "Dublín nunca fue mi Dublín, lo cual lo hacía aún más tentador", declara. El asunto central, entonces, es la operación sentimental y mental, la alquimia involuntaria, que transforma la mera sucesión del tiempo en recuerdos cargados de sentido en un espacio. "¿Qué transmutación debe sufrir el presente para transformarse en el pasado? La alquimia del tiempo obra en un abismo brillante", escribe Banville antes de lanzarse a recorrer su Dublín.

Salpicado con algunos líbicos recuerdos que funcionan como excusa para explorar la arquitectura, el progreso y los personajes notables de la ciudad en los últimos cincuenta años, *La alquimia del tiempo* propone una suerte de historia animada de un espacio, enmarcado por momentos significativos para el autor. "Para bien o para mal, como escritor me interesas y siempre me ha interesado no lo que hace la gente, sino lo que es", escribe Banville. Respecto a esto, a lo largo del trayecto adquieren densidad entre la prosa amable y didáctica de Banville dos puntos clave: el Dublín ya eternizado por James Joyce (y su alter ego, Stephen Dedalus) y el Dublín siempre asentado sobre un mapa de pubs en constante expansión social.

Ahora bien, al recordar en *La alquimia del tiempo* la desgraciada Columna de Nelson en el centro de O'Connell Street, uno de los puntos sensibles de su propio Dublín (y también del Dublín de Joyce, que incluyó a la misma Columna de Nelson en su *Ulises* mucho antes de que el Ejército Republicano Irlandés la destruyera en 1966), Banville recurre a Jorge Luis Borges para meditar acerca de lo siguiente: "De vez en cuando la superficie de la realidad revela aquí y allá una pequeña grieta a través de la cual vislumbramos, por un instante, la posibilidad de un orden de cosas del todo distinto". ¿Y no es esta la premisa para un diálogo improbable pero verídico entre un nazi y un judío como el que ocurre en *Conversación en las montañas*, otro breve pero brillante libro de Banville?

El salto desde Dublín y Joyce hasta Martin Heidegger y Paul Celan, reunidos en la célebre cabaña de Todtnauberg, en la Selva Negra, parece abrupto. Pero por su tematización del espacio, su agudo recorte del

tiempo y, sobre todo, su inteligente juego alquímico entre la ficción y la realidad, no es erróneo señalar que *Conversación en las montañas*, escrito en 2006 y traducido por primera vez al español en 2024, está hecho de la misma sustancia literaria que *La alquimia del tiempo*. Al igual que los rincones dublineses cuyo sentido último corresponde nada más que a la memoria del propio Banville, el diálogo entre el gran filósofo adscrito al movimiento nazi y el laureado poeta judío alemán, tal como ocurrió en la vida real en 1967, permanece secreto. Sin embargo, Banville recolecta las pistas y une las huellas para darle forma literaria a lo que pudieran haberse dicho Heidegger y Celan. En consecuencia, el asunto vuelve a ser el mismo: ¿cómo son capturados por el lenguaje de los hombres los espacios, los tiempos y las circunstancias que huyen del lenguaje?

"Hay tantas cosas de las que no podemos hablar que es imposible saber por dónde no comenzar", dice Celan. "Como siempre, es usted un maestro de la negación obligada. Pero dígame, ¿cuáles son esas cosas de las que no podemos hablar?", responde Heidegger. ¿Qué esperaba Celan, cuyos padres murieron en los campos de concentración del Tercer Reich, que dijera Heidegger sobre su apoyo a Hitler? "¡Culpa! ¡Culpa! No me hable de culpa. La culpa es la masturbación de una democracia liberal y degenerada", se exalta el filósofo. Acalladas las expectativas de Celan, será Hannah Arendt la que intente pulir el sentido de aquello que solo los auténticos protagonistas pudieron conocer: "El mundo se vuelve inhumano sin que obre continuamente en él lo humano. Esto es lo que nunca entendiste, Martin. Y esa es tu tragedia".

Como los restos mudos de la estatua del general Horacio Nelson que Banville visita en *La alquimia del tiempo*, lo único que resta del verdadero diálogo secreto entre Heidegger y Celan es el poema "Todtnauberg". Y es entre las grietas de su tono crítico y sus enigmas que *Conversación en las montañas* extrae ese borgeano "orden de cosas del todo distinto" en el que los implicados pudieron haberse entendido. ●



La alquimia del tiempo
John Banville
Alfaguara
Trad. M. Temprano
García
189 páginas / \$ 24.999



Conversación en las montañas
John Banville
Luz Fernández Ediciones
Trad. P. Gianera
84 páginas / \$ 18.000

RESEÑAS —



Clara y confusa
Cynthia Rimsky
Anagrama
166 páginas
\$ 21.500

La liviandad, la gravedad y el arte en cuestión

Carolina Esses
PARA LA NACION

Qué es el arte – y por supuesto: qué es la literatura – cómo circula, cuáles son sus circuitos de legitimación son algunos de los temas de *Clara y confusa*, novela de Cynthia Rimsky (Santiago de Chile, 1962), ganadora del último Premio Hertralde. La autora, que viven en Azcuénaga, provincia de Buenos Aires, desde hace años y es autora de una decena de libros, sitúa la trama en Parera, "un sencillo pueblo de provincia", donde Salvador, que es plomero, se enamora de Clara, una artista que a pesar de estar dispuesta a todo – se cuelga de un clavo en una galería como si fuese ella misma una obra – no tiene suerte: no vende, no la invitan a ferias, no es reconocida. Como Hebe Uhart, Rimsky tiene un gran oído para encontrar las particularidades del habla y descubrir historias en lo pequeño. Aquí está presente la idea de oficio (la plomería, las artesanías que se venden en la feria del pueblo) con relación al capricho y al azar que parecen regir las modas artísticas. ¿El trabajo versus la celebridad? Rimsky sigue aquella máxima de Flannery O'Connor según la cual el motor de la acción es la personalidad del personaje. Salvador arma para el lector el rompecabezas de lo que va sucediendo. Su marca de estilo, además de ese castellano a medias chileno y argentino, se basa en la elipsis: la narración avanza sin contar todo lo que sucede y luego esa información se completa a través de, por ejemplo, una conversación posterior.

La novela está dividida en tres partes: cinco años/ cinco días/ cinco horas: es que para narrar la única manera es ordenar, al menos, mínimamente, la experiencia. Clara repite esta operación: divide y clasifica los cubiertos sobre la mesa del comedor y al hacerlo los transforma en pequeños objetos artísticos. Quiere exponer entre los artesanos en la Fiesta del Pastelito. Como en el epígrafe de la poeta Elisabeth Bishop, la novela va dividiéndose y multiplicándose "como la mala hierba" –va de arte, a las largas conversaciones de los plomeros en el bar Platón o al llanto de un perro inexistente– solo que aquí, esa hierba viene a agitar un poco el avisero de la literatura. El narrador es un incomprendido: cuando presenta las irregularidades del gremio, piensa que sus colegas lo han entendido. Sin embargo, todo se embrolla y queda en medio de una multitud, abriéndose paso entre un juez y una crítica de arte, en un giro hacia la comedia de enredos. Claro que, en el medio, está la vida. Y así la novela va de lo liviano a lo grave, de lo grave a lo liviano.

¿Puede convivir lo claro y lo confuso? En palabras del protagonista: "Ser llevado por lo inusual se convierte en una experiencia deliciosamente nueva si hago oídos sordos a la esperanza y el miedo". De esto podría estar hecha la literatura, esa que despabila los sentidos y se construye por fuera del deber ser. Una novela que se lee de un trón y que se termina solo para volver a empezarla. ●



Imaginario
Edgardo Scott
Interzona
128 páginas
\$ 21.900

Cuentos clásicos y no tanto

Daniel Gigena
LA NACION

Dos fuerzas recorren *Imaginario*, el tercer libro de cuentos de Edgardo Scott (Lanús, 1978). Por un lado, un conjunto de relatos está construido de manera clásica, con personajes convencionales que de pronto rozan la extravagancia (y viceversa) y tramas donde se perfila el carácter irremediable de los destinos, por otro, una serie de historias hechas de historias, intertextuales y con las marcas registradas (explícitas) de Jorge Luis Borges, W. G. Sebald, Oscar Masotta, entre otros. Un buen ejemplo de esta serie es "Quiroga y la déchetterie", "una mezcla de VTV y chatarrería", según describe el narrador, un emigrado argentino en Francia (como Scott), que objeta ciertos recursos utilizados por Horacio Quiroga en "A la deriva".

Los mejores cuentos de *Imaginario* –realistas, fantásticos, especulativos e incluso casi anecdóticos, como el crepuscular "Última tarde en Belleville"– pertenecen al primer conjunto. El denominador común de unos y otros es la escritura fronteriza de Scott, a veces con un estilo protocolar que deliberadamente raya en el absurdo, como pasa en "El número AFED", en referencia a un hallazgo científico que permite predecir la fecha de muerte de los habitantes en el siglo XXII, y en "Historia del avión", ambientado en un futuro próximo en el que la Argentina ha recuperado la soberanía de las islas Malvinas con el apoyo de un "consorcio global". Otras veces, recurre al talante taciturno o confiado con el que los personajes asumen lo que les ha tocado en suerte (por lo general, una desgracia).

En "Remate", que está dedicado a Elvino Gandolfo, se concilian ambas fuerzas. Está protagonizado por Candela Cáceres, una escritora de éxito comercial que, para consagrarse de forma definitiva como autora canónica de las letras argentinas (los premios, cócteles y entrevistas no son suficientes, observa el narrador), asiste al taller literario de Irene Blanco, "vieja poeta depresiva, ludópata y maltratadora", personaje que podría tener más de un parangón real, de uno y otro sexo. De manera discreta, en este cuento como en otros se filtran las ideas de Scott sobre el arte de la ficción breve ("tal vez el cuento ya no aspire a ninguna sorpresa") y el atribulado ámbito literario argentino (que volcó en el ensayo *Escritor profesional*: una de ellas es que "la verdadera fama de un escritor, si sucede, será siempre póstuma").

La muerte, "un misterio, inocente o ignorante", es protagonista transversal de la colección: su proximidad con los personajes activa las historias de principio a fin en *Imaginario*, que abre con la aventura del sastre Franz Reichelt, que se arrojó desde la Torre Eiffel en 1912, hasta la escena final de "En el satorio", enésimo homenaje al cuento "El Sur", de Borges. ●



Algunos pasos hacia una pequeña teoría de lo visible
John Berger
Interzona
Trad: P. Vázquez y N. F. Rocafort
80 págs. / \$ 9900

La pincelada de una obra bien lograda

Gustavo Santiago
PARA LA NACION

Un hombre, tendido sobre la hierba, bajo el sol, contempla un árbol cuyas ramas se mecen muy cerca de él. Entre el hombre y el árbol comienza a establecerse una conexión. "El cielo azul que ves a través y alrededor de esas hojas es como el papel blanco entre las letras y las palabras". El vínculo entre ambos podrá ser el del escritor y su obra o el de un profesor y su objeto de estudio. Quien contempla el árbol no es un pintor. Pero, ¿podría llegar a serlo? ¿Cuál es el nexo especial que conecta al pintor con su mundo? Con la singular belleza con la que siempre ha sabido deleitar a sus lectores, John Berger (1926-2017) exploró estas cuestiones en los textos de *Algunos pasos hacia una pequeña teoría de lo visible*.

La tenaz lucha con los colores, que se resisten a desaparecer en la tela para engendrar auténticos cuerpos: el afán por pintar el espacio invisible que dota de unidad al cuadro, el anhelo de introducirse en las cosas para reordenarlas desde dentro y hacer de ellas objetos únicos, son sólo algunos de los rasgos que caracterizan el hacer del artista. Para Berger, ante todo, el pintor debe concebirse menos como creador que como hospedador. "Cuando la imagen pintada no es una copia, sino el resultado de un diálogo, la cosa pintada habla, si nos paramos a escuchar".

De lo que se trata, en definitiva, es de establecer una colaboración con las cosas para que ellas mismas, ejerciendo su "voluntad de ser vistas", reclamen ser pintadas. El libro concluye con un poema acerca del tiempo y lo visible que permite adivinar la sonrisa del artista ante la pincelada final de una obra bien lograda. ●



Mitoterapia
Carlos Goñi
Arpa
270 páginas
\$ 27.500

Una mirada al poder curativo de los mitos

Marcelo Sabatino
PARA LA NACION

"Creo que hay más fuerza vital en las narraciones mitológicas que en todos los libros de autoayuda", sostiene Carlos Goñi –doctor en Filosofía por la Universidad de Barcelona– en *Mitoterapia. El poder curativo de los mitos*. Autor prolífico, Goñi sostiene que la ventaja de los mitos es que no juzgan ni presentan modelos a seguir o evitar, sino que "ensayan en la ficción lo que nos puede pasar en la realidad para que aprendamos a nuestra realidad lo que ocurre en la ficción". En pocas palabras, que en ese reservorio de vidas extremas de dioses y semidioses que viene desde los inicios de la cultura se esconde también una terapéutica ancestral.

Esa idea da forma doble a los capítulos del libro: primero se cuenta una historia mítica; luego se ve cómo puede resultar en una enseñanza para el día a día contemporáneo. Los protagonistas provienen del mundo antiguo griego, aunque a veces las derivaciones se replican en otras mitologías, como la historia de Deucalión y Pirra, que habla de un diluvio y un arca, prototipo que figura en prácticamente en todas las culturas, de la Biblia a los aztecas. El caos original, Gea, Cronos –que dispara el tiempo– dan luego lugar a olímpicos como Zeus, Atenea, Afrodita, Apolo, la Medusa o Ícaro, pero también a protagonistas mucho menos conocidos –e igual reveladores– como Ió o Endimión.

Todas esas historias están muy bien contadas. El tono didáctico y la admonición al lector en segunda persona de las interpretaciones remedan, sin embargo y justamente, los textos de autoayuda, aunque muchas de esas entradas –de Medea a Antígona, de Cura a Pigmalión– también resulten reveladoras. ●

Best Seller

FICCIÓN

1° La vegetariana, de Han Kang
Random House, \$ 19.999
(10 semanas en lista)

2° La Casa Neville 3. Yo soy el viento, de Florencia Bonelli
Planeta, \$ 29.900 (6)

3° Blackwater I: La riada, de Michael McDowell
Blackie Books, \$ 14.999 (13)

4° En agosto nos vemos, de Gabriel García Márquez
Sudamericana, \$ 22.999 (35)

5° La clase de griego, de Han Kang
Random House, \$ 19.999 (13)

NO FICCIÓN

1° La felicidad, de Gabriel Rolón
Planeta, \$ 35.000 (58)

2° Nexus, de Yuval Noah Harari
Debate, \$ 42.999 (17)

3° Este dolor no es mio, de Mark Wolynn
Gaia, \$ 29.900 (53)

4° Horóscopo chino 2025, de Ludovica Squirru Dari
Ediciones B, \$ 24.999 (3)

5° La generación ansiosa, de Jonathan Haidt
Paidós, \$ 29.900 (4)

Librerías consultadas: Cúspide, Sanja Fe, El Ateneo y Yenny (Capital), Gran Buenos Aires e interior.

Como Raúl Alfonsín reconoció de sí mismo, tampoco Mauricio Macri supo, pudo o quiso aprovechar la enorme oportunidad que se presentaba con el renovado fracaso del kirchnerismo.

Constructor de un movimiento político desde las raíces de sus propias ambiciones, Macri primero diseñó un partido propio, luego demostró que podía gobernar a los porteños y finalmente formó una coalición para pelearle el mando nacional al kirchnerismo.

Fracasó en retener la presidencia una vez que los argentinos perdieron la paciencia y renovaron su fe en el populismo. Y volvió a fracasar en el liderazgo de la fuerza que el péndulo del país indicaba que debía gobernar luego de Alberto Fernández y Cristina Kirchner. Y en eso llegó Milei.

Macri había decidido no volver a buscar la presidencia y ensayar, en cambio, una delegación tutelada del mando. Como Cristina. Vivió -tal cual fue- como un desafío a su autoridad la proyección de Horacio Rodríguez Larreta y habilitó como competidora a Patricia Bullrich. Se suponía que de esa contienda nacería el nuevo presidente y que el jefe de PRO influiría sobre el nuevo gobierno.

Siempre se descontó que el peronismo perdería. Era tan extendida esa convicción que Cristina se resignó a no poner a Wado de Pedro como candidato a presidente y habilitar a Sergio Massa. Descontaba, como todos, que perdería.

Y en eso llegó Milei. Macri fue el primero de los jefes del antiguo sistema político en advertir su avance y en legitimarlo. Consumada la eliminación de Bullrich, se adelantó junto con la ahora ministra de Seguridad en llamar a votar contra Massa y en favor de Milei. Era lógico, en tanto la razón de ser de Cambiemos era derrotar al peronismo kirchnerista.

Macri también fue el primero en ofrecer a sus dirigentes para integrar el gabinete del recién llegado y fijar las condiciones de una alianza. Un año después, al cabo de un acompañamiento legislativo que le permitió al Presidente evitar que el Congreso se convirtiera en un arma del kirchnerismo, Macri se presenta poco menos que como la víctima de quien pretendía como socio.

Ni tanto ni tan poco. Antes que nada, PRO paga el precio de sus propias torpezas y Milei aprovecha la oportunidad de captar sin mucho más esfuerzo que la propia gestión libertaria una gran parte de la voluntad por ahora mayoritaria de avanzar hacia la reducción de la inflación con herramientas que también sirven para ir contra el populismo.

De ser tan parecido en sus objetivos a los libertarios, al macrismo solo le quedó co-

— LA PARTE Y EL TODO —

Milei-Macri: la relación difícil de una pareja despareja

Sergio Suppo
PARA LA NACION



mo valor diferencial de marcar las formas violentas con las que comunica y ejecuta sus medidas el Presidente.

No es que las formas no sean importantes, pero los argentinos suelen preferir acortar camino y someterse a modales autoritarios y populistas, entusiasmados por cambios que nunca terminan de llegar.

Es parte del mismo combo de tolerancia argentina que en otros tiempos aceptó la corrupción a cara descubierta de menemistas y kirchneristas en tanto se mante-

nían la inflación baja o el consumo alto.

El "pero" que pretende condicionar las maneras brutales de los libertarios es por ahora más débil que la expectativa que provoca el descenso de los precios y el renacimiento de la actividad económica.

Es tan grande el hartazgo por los fracasos consecutivos del populismo y el gradualismo para erradicar la inflación que hasta se celebran la descalificación y la violencia verbal ejercidas desde la desigual ventaja del poder.

No hay antídoto frente a una fuerza en crecimiento como no sea evitar un choque con Milei. La búsqueda de un acuerdo con el -que Macri intenta, como refleja su mensaje del jueves pasado- tiene por ahora un juego de ida y vuelta que demora y desgasta a los aspirantes al pacto con el oficialismo.

Un día se ventila una operación con datos que el Estado debería preservar en secreto y al siguiente aparece Milei diciendo que le encantaría una alianza con Macri. ¿En qué condiciones? ¿Qué cuota tendrían los socios del Gobierno en el reparto de candidaturas?

Esas preguntas no tienen respuesta y posiblemente no las tengan nunca porque por ahora predomina entre los libertarios la decisión de sustentarse por sí mismos, sin amigos de la "casta", una representación legislativa de senadores y diputados incondicionales.

Sin esperar a que Milei tome la decisión final sobre si tendrá aliados o embestirá a todos con un ejército propio, el resto de la política huye hacia refugios tales como las elecciones desdobladas. Desde Jorge Macri hasta Axel Kicillof, todos buscan escenarios propios supuestamente ajenos al resultado de la elección nacional del tercer domingo de octubre.

Es una forma de decirle a Milei que mientras no se meta en los feudos locales tendrá disponible un resultado positivo en las elecciones de medio término.

El adelantamiento del calendario precipita las decisiones. Milei podría estirar hasta mitad de año el juego de aliados o cuenta propia, pero tendrá que definir antes del final del verano qué hará con la elección en la ciudad de Buenos Aires.

¿Fue una buena decisión de los Macri medir por adelantado la gestión municipal? No hay garantías para una administración que no parece contar con el reconocimiento vecinal de otros gobiernos de PRO en la capital del país.

También jugarán hacia adelante radicales como Maximiliano Pullaro, gobernador de Santa Fe, en busca de una reforma constitucional que habilite la reelección. Lo mismo que Gustavo Valdés, que trata de poner a un dirigente propio en la gubernación de Corrientes.

Kicillof no oculta que quiere evitar competir con Milei, a la vez que apuesta a exponer a Cristina Kirchner en una confrontación directa con el oficialismo.

No todos esos intentos son una garantía de éxito. Reflejan que el viejo sistema quiere evitar en todo lo posible a Milei como adversario.

Tampoco el Presidente tiene asegurado el festejo. Siempre es bueno recordar que gobierna la Argentina. ●

ideas

Más información de cultura, pensamiento, libros y reflexiones sobre la actualidad en <http://www.lanacion.com.ar/>, y en <http://www.lanacion.com.ar/edicion-impresa/suplementos/ideas>, con miradas cercanas y amenas para entender las claves de una sociedad en plena transformación. Análisis en profundidad, crónicas y los más agudos columnistas

Club LA NACION

SUSCRIBITE

Hablamos por whatsapp: (11) 5799.3654
o si preferís llamarnos: (11) 5199.4794

¡HOLA! Living LUGARES ¡HOLA! Jardín Rolling Stone